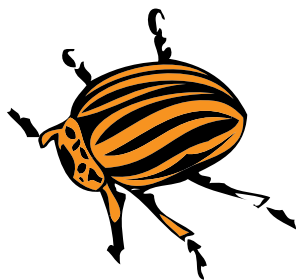


María Luisa Sobrino Manzanares, 1999

Partiendo de una actividad que se inicia en el campo pictórico, María Xosé Díaz (1949) llega a la cerámica, de forma casi fortuita, en 1982. Este material va a ser el que defina los primeros pasos de su trayectoria artística y el trabajo que realiza a lo largo de la década de los ochenta: vasijas y objetos utilitarios de barro negro brillante con leves relieves y finos arabescos esgrafiados, cuyos primeros logros culminaron en 1986 en la muestra de la sala Sargadelos de Santiago. Sin dejar de hacer pintura con cera de colores, intenta adentrarse en el ámbito de lo escultórico con la combinación de pequeñas piezas de barro refractario y otros materiales, en nuevas exploraciones plásticas que derivarán hacia otras posibilidades creativas: la asociación con la piedra y, más tarde, el abandono de la cerámica ante el protagonismo de las varillas de hierro galvanizado con madera, plomo trenzado, estaño, etc., cuya experimentación aborda a finales de los ochenta.

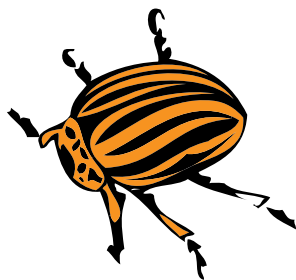
Son ya nuevas formas, configuradas ahora por livianas estructuras de arcos, semiicírculos, láminas trenzadas de plomo, con carácter más aéreo, que aún conservan un leve parentesco con ciertos objetos domésticos. Se trata de un paso más en esa continua trayectoria de esta escultora, con una evolución experimentada sobre la calidad morfológica y sensual de los propios materiales, provocando un proceso creativo que le incita a encontrar las vías más adecuadas para expresar sus propias imágenes plásticas.



María Luisa Sobrino Manzanares, 1999

Un programa poético que descubrirá sobre todo con el crucial encuentro del cáñamo y el látex, conduciéndola (ya entrados los noventa) a una etapa de instalaciones - aunque a ella no le guste esta palabra- y de módulos seriados que crean sus propios ámbitos dentro del espacio real. Materiales moldeables encajados en los finos armazones de hierro que componen su geométrico esqueleto, habitáculos en los que quedan atrapadas las marañas arrugadas de los hilos o las tiras deshilachadas de cáñamo, que cuelgan y configuran extrañas imágenes, tan sugerentes a la vista como una reflexión sobre el tacto. Son las piezas presentadas en *Nomes Propios*, imágenes de desexo (Sevilla 1992) o la estructura metálica que envía a la III Bienal de Unión Fenosa, así como sus unidades modulares repetidas en *Horizonte*, que realiza en 1993. Imágenes intensas que declaran una sensualidad abiertamente femenina y que son inseparables, como toda la obra de esta artista, del proceso de elaboración y del material empleado.

En esta época de tanteos, la exploración se extenderá a otros muchos materiales, que suele disponer en estructuras modulares seriadas. Así, la instalación de 194 piezas cilíndricas de malla plástica, rellenas de bolas de arlita y cáñamo, que configuran círculos concéntricos (instalación s/T propiedad del Auditorio de Galicia, 1993); las cajas encerrando cristales de playa sobre planchas de vidrio iluminadas desde dentro (galería Pardo Bazán, 1996); o los cubos de malla de plástico rellenos de cáñamo coloreado. Siempre materiales transparentes y levemente pigmentados que abren nuevas posibilidades al color, en una continua experimentación que luego extenderá al empleo de fragmentos de láminas de poliéster azulado, extendidos sobre estructuras geométricas en el suelo y que combina con la realización de estuches de plexiglás traslúcido que cuelga en la pared, encerrando los más diversos elementos.



María Luisa Sobrino Manzanares, 1999

El interés principal por estos medios se cifra en su delicadeza, luminosidad y transparencia. Pero además en su potencialidad para fundir formas irregulares en disposiciones regulares y en ser capaces de encerrar y aislar en sus recintos una serie de elementos, como tierras, hilos, tejidos, cuerdas, conchas, cartones, ramas, etc.

María Xosé ha confesado en más de una ocasión que se siente tan vinculada a lo escultórico como a lo pictórico y logra, en efecto, que sus esculturas creen ilusiones visuales en la que la materialidad se encuentra cada vez más subordinada al efecto óptico. En este sentido, trabaja con tipos de materiales que no sólo atrapan y reflejan la luz, sino que funcionan con el suficiente grado de ambigüedad, al actuar tanto de contenedores formalmente precisos, como de pantallas ópticas que filtran la percepción y el reconocimiento de lo que contienen.

Sus experiencias actuales -entre pintura y escultura- son formas, pero también imágenes veladas de su propia existencia como mujer. Es esta consecuencia la que hace que el trabajo de María Xosé resulte más cercano a una especie de "práctica femenina" intimista que al sentido tradicional de lo que entendemos por gran arte. Un proceso que pone en práctica la idea de juego, de "trabajo manual" o de tarea recolectora como experiencia retrospectiva, reivindicando un espacio propio, en los recintos herméticos y translúcidos de su escultura..